

El progreso del Peregrino (XVI)

Continuación

Hay, pues, conocimiento y conocimiento: conocimiento que se queda en la mera especulación de las cosas, y conocimiento que va acompañado de la gracia, de la fe y amor, y que hace al hombre practicar de corazón la voluntad de Dios. El primero de éstos satisface al hablador; mas el verdadero cristiano sólo se satisface con el otro. "Dame entendimiento y guardaré tu ley, y la observaré de todo corazón" (Sal 119:34).

LOCUACIDAD - Veo a usted otra vez acechando mis palabras nada más; esto no creo que sea para edificación.

FIEL - Bueno, dejemos eso, y propongo a usted otra señal de cómo esta obra de la gracia se descubre donde existe.

LOCUACIDAD - ¡No, no; es excusado, porque veo que nos es imposible ponernos de acuerdo.

FIEL - Vaya, si usted no quiere, yo lo haré.

LOCUACIDAD - Puede usted hacer lo que guste.

FIEL - ¡Una obra de la gracia en el alma se descubre o al que la tiene o a los demás; al que la tiene, de la manera siguiente: le da convicción de pecado, especialmente de la corrupción de su naturaleza y del pecado de incredulidad, por el cual es segura su condenación si no halla misericordia de parte de Dios por la fe en Cristo Jesús. La vista y el sentimiento de estas cosas obran en él dolor y vergüenza por su pecado (Jn 16:8; Ro 7:24; Gá 2:16). Encuentra, además, revelado en sí al Salvador del mundo, y ve la absoluta necesidad de unirse a Él por toda su vida; con lo que principia el hambre y la sed de Él, a las cuales está hecha la promesa. Ahora bien; según la fuerza o debilidad de la fe en su Salvador, así es su gozo y paz, así es su amor a la santidad, así son sus deseos de conocerle más y también de servirle en este mundo. Pero aunque, como he dicho, así se descubre, sin embargo, pocas veces puede conocerse que es la obra de la gracia, porque, ya su corrupción, ya su razón torcida, hacen que su mente vaya descaminada en esta materia; por tanto, aquél que tiene esta obra necesita un juicio muy sano antes de que pueda con certeza inferir que es obra de gracia (He 4:12; Mt 5:6).

A los demás se descubre de la manera siguiente: 1º por medio de una confesión práctica de su fe en Cristo; 2º, por una vida conforme con esa confesión, es a saber: una vida de santidad: santidad en el corazón, santidad en la familia (si la tiene) y santidad en su vida y trato con los demás. Esta santidad, por lo general, le enseña a aborrecer en su interior su pecado, y aborrecerse también a sí mismo en secreto por causa de él; a suprimirlo en su familia, y promover la santidad en el mundo, no sólo por su hablar, como puede hacerlo un hipócrita o charlatán, sino por una sujeción práctica en fe y amor al poder de la palabra (Mt 5:8; Jn 14:15; Ro 10:9-10; Fil 1:27). Ahora bien, señor mío; si tiene usted algo que objetar a esa breve descripción de la obra de la gracia, o a las maneras de manifestarse, puede usted hacerlo; si no, pasaré a proponer a usted otra segunda pregunta.

LOCUACIDAD - No, señor; no me toca al presente objetar, sino oír; exponga usted su segunda pregunta.

FIEL - Es ésta: ¿Ha experimentado usted en sí mismo esta primera parte de mi descripción? ¿Dan testimonio de ello su vida y su conversación, o consiste su religión en la palabra o en la lengua y no en el hecho y verdad? Le suplico, si está usted dispuesto a contestarme sobre esto, que no diga usted más que aquello a que Dios desde el cielo pueda dar un Amén y su conciencia pueda justificar. "Porque no el que se alaba a sí mismo el tal es aprobado, más aquél a quien Dios alaba." Además, es grande iniquidad el decir "yo soy de esta o de la otra manera", cuando su conversación y su vida y el testimonio de los vecinos lo desmienten.

LOCUACIDAD - (Empezando a sonrojarse, pero recobrándose muy pronto.) —Ahora apela usted a la experiencia, a la conciencia y a Dios para justificar lo que ha dicho; no esperaba yo esta manera de discurrir. Por mi parte no estoy dispuesto a contestar a tales preguntas, porque no me



Locuacidad del Callejón de la Charla

1. A medida que continuaban, Fiel divisó a un hombre cuyo nombre era Locuacidad. Ya que iba en la misma dirección lo invitaron a que fuera con ellos. "Hablaré," les dijo, "de cosas en el cielo o en la tierra, o de lo que vosotros deseáis."



2. Fiel, admirándose y acercándose a Cristiano, dijo en voz baja: "¡Seguramente éste va a ser un peregrino sobresaliente!" Cristiano sonrió: "¿Locuacidad del Callejón de la Charla? ¡Un miserable!"

3. "Este hombre habla de cualquier cosa con cualquier tipo de compañía. Como habla ahora, así hablará en el bar. La religión no ocupa ningún lugar en su corazón. ¡Un santo viajando y un demonio en su casa!"



4. "¿Qué haremos para deshacernos de él?" "Pregúntale francamente," dijo Cristiano, "si es eso lo que practica en su corazón." Entonces Fiel le dijo:

5. "Yo he sentido que tu religión consiste sólo en palabras." Locuacidad se ruborizó. "Ya que formas un juicio tan violento," le dijo, "¡adiós!" y se fue deprisa.

considero obligado a ello, a no ser que usted se tome el oficio de catequizador, y aun entonces me reservo el derecho de no aceptarle a usted por juez. ¿Pero querrá usted decirme con qué objeto me hace tales preguntas?

FIEL - Porque le he visto muy dispuesto a hablar, y me temo que en usted no haya más que ideas sin obras; y además, para decirle toda la verdad, he oído decir de usted que es un hombre cuya religión consiste en palabras, desmentidas por su vida. Se dice que es usted un borrón entre los cristianos, y deja usted muy mal parada la religión por su impía conversación y vida; que ya ha sido usted causa de que hayan tropezado algunos, y que muchos más corren peligro de ser arruinados por los malos caminos de usted. En usted la religión y la taberna, la avaricia, la impureza, la maledicencia, la mentira y las malas compañías, todo está fatalmente amalgamado. A usted se le puede aplicar lo que se dice de las rameras: que "son la vergüenza de su sexo"; así, es usted la vergüenza de todos los que profesan la religión.

LOCUCIDAD - Veo a usted propenso a prestar oídos a chismes, y que forma sus juicios con sobrada precipitación; por consiguiente, debe ser usted algún melancólico regañón, y así me despido de usted. Pasarlo bien.

En esto, llegándose Cristiano a su compañero, le dijo: Ya te dije lo que iba a suceder; no podían armonizarse tus palabras y las concupiscencias de éste; prefiere abandonar tu compañía a reformar su vida. Váyase enhorabuena; él es el que pierde más; nos ha ahorrado la molestia de despedirlo. Además, haber continuado así con nosotros, hubiera sido para nosotros un borrón, y el apóstol dice: "Apártate de los tales."

FIEL - Sin embargo, me alegro de haber tenido con él este pequeño discurso, tal vez en alguna ocasión vuelva a pensar en ello; yo le he hablado con toda sinceridad, y así estoy limpio de su sangre, si perece.

CRISTIANO - Hiciste bien en hablar con tanta claridad. Desgraciadamente, hay en estos días muy poca sinceridad en el trato de los hombres, y esto hace que la religión sea tan repulsiva a muchos. Estos necios charlatanes, cuya religión es sólo la palabra, pues son corrompidos y vanos en su conversación (al ser también admitidos en la compañía de los piadosos), ponen perplejo al mundo, manchan el cristianismo y causan dolor a los sinceros. Ojalá que todos los trataran como tú lo has hecho: entonces buscarían el estar más en armonía con la religión, o se verían obligados a retirarse de la compañía de los santos.

¡Qué jactancia tenía Locucidad! ¡Con qué orgullo y soberbia se inflaba como un pavo! ¡Qué presunción tan necia la suya de arrollarlo todo ante sí! Mas apenas Fiel empezó a hablar de la sinceridad de la religión, de su necesaria influencia en la vida, cuando, como la luna menguante, fue poco a poco declinando. Esto mismo sucederá al que no sea sincero en la religión y que no sienta su influencia en el alma.

Así caminaban hablando de los que habían visto en su viaje, y de esta manera se les hacía más fácil su camino, que de otro modo les hubiera sido muy penoso, porque entonces precisamente pasaban a través de un desierto.

CAPITULO XIII

Evangelista sale otra vez al encuentro de los peregrinos y los prepara para nuevos trabajos. Entran en la feria Vanidad, y la gente se burla de su vestido, de su lenguaje y de su conducta. Son perseguidos, y Fiel es entregado a muerte por aquellas gentes.

Apenas nuestros peregrinos hubieron salido de este desierto, Fiel, volviendo sus ojos atrás, vio venir a uno, a quien reconoció pronto, y dijo a su compañero: —Mira quién viene allí. Miró Cristiano, y dijo: ¡Es mi buen amigo Evangelista! Sí—dijo Fiel, y yo mismo también, porque él fue quien me encaminó a la puerta-. En esto llegó a ellos Evangelista, y los saludó diciendo:

EVANGELISTA - Paz sea con vosotros, amadísimos, y paz con los que os ayuden.

CRISTIANO - «Bienvenido, bienvenido, mi buen Evangelista; la vista de tu rostro me recuerda tu antigua bondad y tus incansables esfuerzos por mi bien eterno.

FIEL - Sí, mil veces bienvenido, ¡oh dulce Evangelista! ¡Cuán deseable es tu compañía para estos pobres peregrinos!

EVANGELISTA - ¿Cómo lo habéis pasado, amigos míos, desde nuestra última separación? ¿Qué habéis encontrado y cómo os habéis portado?

Entonces le contaron Cristiano y Fiel cuanto les había sucedido en el camino, y cómo y con cuánta dificultad habían llegado adonde estaban.

—Mucho me alegro—dijo Evangelista—, no de que os hayáis encontrado con pruebas, sino de que hayáis salido vencedores, y de que, a pesar de vuestras muchas flaquezas, hayáis seguido en el camino hasta el día de hoy. Y me alegro de esto tanto por vosotros como por mí: yo he sembrado y vosotros habéis recogido, y viene el día cuando "el que siembra y el que siega gozarán juntos" (Jn 4:36); esto es, si os mantenéis firmes, "porque a su tiempo segaréis si no hubiereis desmayado" (Gá 6:9). Delante de vosotros está la corona, y es incorruptible: "corred de tal manera que la obtengáis" (1 Cor 14:27). Algunos hay que se ponen en camino para alcanzar esta corona, y después de haber adelantado mucho en él, otro se interpone y se la arrebató. Retened, pues, lo que ya tenéis para que ninguno os quite vuestra corona; todavía no estáis fuera del alcance de Satanás; "todavía no habéis resistido hasta la sangre combatiendo contra el pecado" (He 12:4). Tened siempre el reino delante de vuestros ojos, y creed firmemente en las cosas invisibles. No dejéis que invada vuestro corazón nada del lado acá del mundo; y, sobre todo, velad bien sobre vuestros corazones y sus concupiscencias, porque son "engañosos sobre todas las cosas y desesperadamente malos"; poned vuestros rostros como un pedernal; tenéis a vuestro lado todo poder en el cielo y en la tierra.

Cristiano entonces le dio las gracias por su exhortación, y le rogó que les enseñase todavía más para ayudarles en lo que les quedaba de su camino, y tanto más cuanto que sabían que era profeta, y podía decirles algunas de las cosas que les habían de suceder, y cómo podrían resistirlas y vencerlas. Lo mismo rogó también Fiel, y entonces Evangelista prosiguió:

EVANGELISTA - Hijos míos, habéis oído en la palabra de verdad del Evangelio, que "por muchas tribulaciones es menester que entremos en el reino del cielo"; y otra vez, que "en cada ciudad os esperan prisiones y persecuciones", y, por tanto, debéis esperar que muy pronto en vuestro camino las encontréis en una o en otra forma. La verdad de estos testimonios, en parte ya la habéis encontrado, y lo demás no tardará en venir, porque, según podéis ver, casi estáis fuera de este desierto y, por tanto, llegaréis pronto a una ciudad que está muy próxima, en la cual los enemigos os acometerán y se esforzarán por mataros. Tened, además, por cierto que uno o los dos tendréis que sellar vuestro testimonio con sangre; pero sed fieles hasta la muerte, y el rey os dará una corona de vida. El que allí muera, aunque su muerte será penosísima y sus padecimientos tal vez muy grandes, tendrá, sin embargo, mejor suerte que su compañero, no sólo porque habrá llegado antes a la ciudad celestial, sino porque así se librará de muchas miserias que aún encontrará el otro en el resto de su jornada. Pero cuando hayáis llegado a la ciudad y encontréis cumplido lo que aquí os anuncio, acordaos entonces de vuestro amigo: Portaos varonilmente, y "encomendad vuestras almas a Dios como a fiel Creador haciendo bien" (1 P. 4:19).

Entonces vi en mi sueño que apenas hubieron salido del desierto, cuando vieron delante de sí una población, cuyo nombre es Vanidad, y en la cual se celebra una feria, llamada la feria de Vanidad, que dura todo el año. Lleva este nombre porque la ciudad donde se celebra es más liviana que la Vanidad, y también porque todo lo que allí concurre y allí se vende es vanidad, según el dicho del sabio: todo es vanidad (Ec 1:2, 14).

Esta feria no es nueva, sino muy antigua. Voy a declararos cuál fue su principio: Hace casi cinco mil años había ya peregrinos que se dirigían a la ciudad celestial, cual lo hacen ahora estos dos: apercibido entonces Beelzebub, Apolión y Legión con sus compañeros por la dirección que estos peregrinos llevaban, que les era forzoso pasar por medio de esta ciudad de Vanidad, se convinieron en establecer esta feria, en la cual se vendería toda especie de vanidad, y duraría todo el año. Por eso en esta feria se encuentran toda clase de mercancías: casas, tierras, negocios,

Continuará